



Rafael Chirbes o después del ladrillo

'En la otra orilla' es la novela en la que el escritor valenciano levanta acta literaria de la crisis y de la España posterior a la burbuja inmobiliaria

NOVELA

**EN LA ORILLA**Autor: Rafael Chirbes. Novela.
Editorial: Anagrama. 2438
páginas. Barcelona, 2013. Precio:
19,90 euros

Si la crisis económica no se ha convertido todavía en un tema arrollador de nuestra narrativa, tampoco se puede decir que sea una cuestión ignorada. Lo que ha provocado es un lento goteo en el que destacan títulos como 'El día de hoy', de Alejandra Gándara, que fue editada en 2008 y que narra las desdichas de un jardinero al que se le venían abajo todos los soportes de su vida, o como 'Cuando Lázaro anduvo', de Fernando Royuela, publicada el pasado año y centrada en las calamidades que al empleado de un banco en el paro le reportaba el hecho de vivir una resurrección semejante a la del personaje bíblico.

En ese discreto goteo hay que incluir 'En la orilla', la nueva novela de Rafael Chir-

bes, que abunda en un tema que conoce bien y que ha tratado en anteriores entregas como es el del mundo de la especulación inmobiliaria, siempre desde el punto de vista de la decepción aunque por distintas causas. En 'Los viejos amigos' (2003), el desencanto venía producido por el gris y prosaico abandono de aquellos ideales revolucionarios y aquellos sueños literarios que no soportaron la muerte de Franco ni la Transición democrática que le sucedió a ésta después y que fueron reemplazados por la pura y elemental necesidad de supervivencia en el trabajo de la enseñanza, en el oficio de la publicidad o en el fácil negocio de la construcción.

En 'Crematorio', el desencanto lo marcaba la fea prosperidad que reportaba la cultura del pelotazo y ese mismo universo del cemento que iba destruyendo el idílico paisaje de un pueblecito de la costa. Ahora, finalmente, 'En la orilla' es la novela de la crisis en ese sector, del después del ladrillo, de la España posterior al pinchazo de la llamada «burbuja inmobiliaria», lo que en la narrativa de Chirbes viene a ser «la crónica del desencanto del desencanto del desencanto».

Por esta razón, estamos ante la novela más pesimista del escritor valenciano; ante el relato del castigo que sufre la España de hoy por haber vendido su alma al Diablo; ante la ceremonia de la resaca y el paisaje después de la batalla o de la orgía. En esta ocasión, la mediterránea localidad de Misent, de la que hablaba en 'Crematorio', es sustituida por otra próxima a la costa y al pantano de Olba, en el que aparece el cadáver que sirve de disparo de salida a la trama argumental en la que se dibujan logrados personajes como Liliána, la colombiana; como Francisco, un hom-



El escritor Rafael Chirbes. :: EFE

bre carente de escrúpulos cuando se habla de dinero; como Pedrós, el chanchulle-ro que se mueve directamente en la ilegalidad, o como Esteban, el ser mortificado por sus contradicciones que responde a una psicología moral que siempre aflora en las obras de Chirbes y cuyo hermoso defecto es ser siempre «demasiado consciente».

Con la carpintería que ha tenido que cerrar, con los empleados a los que ha enviado al paro y con ese padre gravemente enfermo al que cuida, Esteban es la pura encarnación de la crisis económica; de este presente posterior a la riqueza y a la ebullición, a la falsa sensación de progreso y modernidad, a la euforia de la fiesta. Y, como ocurre con los personajes morales,

de Chirbes, Esteban es también la expresión de la mala conciencia que asume el fracaso, la desgracia, la putrefacción que se fueron fraguando durante la engañosa opulencia y en cuya plasmación, casi poética, el autor se llega a recrear con un esteticismo feísta que tiene su tradición en el modernismo español y que desmiente la fáclona etiqueta de 'realista'.

Si hay un realismo duro, en efecto, en las páginas de este libro, pero también una renovación contemporánea de éste. Hay una verdadera estética del deterioro e incluso un manierismo en su descripción y una metafórica de la podredumbre moral como un trasunto de la podredumbre física que se

inaugura en la primera línea de la primera página: «El primero en ver la carroña es Ahmed Ouallahi». Hay la conciencia ética que queda después de la pérdida del agarradero de la ideología y como un rescate individual que es paralela a la otra nacional y colectiva. Hay la sombra de la Guerra Civil, que no constituye el mejor rasgo del libro y que, aunque no llega al maniqueísmo simplón del que ha adolecido la novela española de los últimos años, dota a su tesis de un fatalismo excesivamente trillado, tanto como innecesario. Y hay la sabiduría del escritor en el arte de narrar, de pasar de la tradicional y convencional tercera persona omnisciente a la primera o de ambas a los diálogos.